



XI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2009.

CATEGORÍA JUVENIL:

Relato premiado: *“Mi peor error”*

Autor / a: Elisabeth Esteban González.

Añón de Moncayo (Zaragoza).

MI PEOR ERROR

- Abuelo ¿podrías contarme una historia? Es que no puedo dormir y además aún es muy pronto.

- Claro cariño, te contaré una que es un poco triste al principio pero muy bonita al final.

...

Era mayo de 1833 y Alberto vivía con sus dos hermanos, Alicia de cuatro años, Rubén de ocho y con su madre Margarita de ya cuarenta y ocho.

Por aquellos tiempos Rubén era el único que trabajaba de la familia por que su madre estaba enferma y no podía levantarse de la cama.

El padre de Rubén murió en la guerra, pues nunca llegó a conocerlo, Alicia y Alberto también eran de padres diferentes y tampoco ellos los conocieron.

Vivían en un pequeño pueblo en la comarca del Moncayo, en Grisel. Más o menos su vida era normal, los chicos iban a la escuela cuando podían, pues tenían que cuidar a su madre mientras Alberto trabajaba, ordeñaba ovejas pues no le pagaban mucho, pero por lo menos iban tirando.

Todas las tardes se permitía ir a dar un paseo con sus amigos, pues como ellos estudiaban y no trabajaban no tenían sino mucho tiempo para verse.

Como ellos eran de familias de dinero no les faltaba nada, sin embargo a Alberto sí.

Todo les iba bastante, bien la verdad es que llevaban una etapa muy buena pero, como a todo el mundo, la tormenta les cayó encima.

Un día venía Alberto de dar un paseo, como todas las tardes, y no había nadie en casa. A Alberto le resultó muy extraño, pues su madre no podía levantarse de la cama ¿y sus hermanos?

Bajó a preguntarle a la vecina a ver si sabía algo.

- Perdona doña Eugenia pero, ¿no sabrá donde están mi madre y mis hermanos? Es que estoy muy preocupado, no están en casa.

- Hay, hijo, cuanto lo siento, tus hermanos están aquí conmigo –le contesto doña Eugenia.

- ¿Y mi madre?- le dijo Alberto muy nervioso.

- Lo siento, pero ha fallecido hace unas horas, mañana a las diez es el entierro.

Ante el mucho dolor y la pena Alberto tuvo que ocuparse de sus hermanos y seguir trabajando.

Era el día del entierro de su madre y aprovechó que los niños se fueron a la escuela y se pidió un día libre para poder ir.

- Lo siento mucho Alberto- le dijo la hija de la farmacéutica del pueblo.

- Tranquila, ya era muy mayor. Pero, gracias- le contestó Alberto con mucha tristeza.

Fue un entierro con muy poca gente, pues el pueblo era muy pequeño y no había mucha en él.

- Alberto, ¿por qué después del entierro no te vienes a comprar conmigo a Tarazona? pues hoy que no has ido a trabajar no tendréis nada para comer – le dijo doña Eugenia.

-Lo siento doña Eugenia, no me apetece nada. Ahora me iré a coger huevos de las gallinas y me acostaré un rato- le contestó Alberto.

- Como quieras muchacho. Yo me iré a comprar y luego os subo lo que sea. Y anímate.

- Muchas gracias doña Eugenia.

Doña Eugenia subía todos los días y se quedaba con Alicia y Rubén mientras Alberto trabajaba, pues estos ya no tenían escuela.

A Alberto se le hizo muy duro. Solo trabajaba y trabajaba, ya no salía por las tardes y se ahogaba mucho en su silencio.

...

-¿Por que te paras abuelo? ¿Estas bien? –le dijo Ana a su abuelo.

- Si, cariño, no te preocupes – le contestó su abuelo.

...

Un día llamaron a la puerta.

- Buenos días ¿me podrías conceder unos minutos muchacho? – le dijo un señor muy elegante a Alberto.

- Si, claro, pase – le contestó Alberto

- Pues mira muchacho, venía a decirte que soy el padre de Alicia y que me gustaría llevármela una temporada a Estados Unidos, pues sé que no lleváis una temporada muy buena y que lo estáis pasando mal desde la muerte de tu madre.

- Mire lo primero que no le voy a permitir es que hable de mi madre. Y lo segundo, Alicia no se la llevará sin una orden del estado. Diga lo que diga, también es mi hermana y de momento no le falta de nada. Así que, por favor, se marcha de mi casa.

El hombre obedeció, pero prometió que volvería y no tardó mucho en cumplir su palabra.

A los días, el hombre volvió con una orden del estado y con un abogado para llevarse a Alicia. Ante eso Alberto ya no podía hacer nada. Alberto se despidió de su hermana y Rubén igual, entre lágrimas.

Y para más dolor, después de llevarse a Alicia, el estado se enteró de su situación económica y le quitaron a Rubén. Y ya con eso Alberto acabó por derrumbarse definitivamente.

Ahora ya todo dejaba de existir. Se había muerto su madre, y para colmo, le habían quitado la única familia que le quedaba y por la única que él vivía, sus hermanos.

Alberto se derrumbó. Ya no trabajaba, no comía ni dormía, doña Eugenia subía todos los días para animar al muchacho, pero no había manera.

-Muchacho, ¿no ves que no puedes seguir así? te vas a enterrar tú solo – le dijo doña Eugenia.

- Y ¿qué más da ya? si me han quitado lo único que tenía en el mundo –dijo Alberto entre lagrimas.

- Ya lo sé hijo. La vida, a veces, pone pruebas muy duras, pero también siempre brinda nuevas oportunidades. Tal vez lo que te diga ahora no te puede ayudar mucho, pero, si te consuela saber, yo perdí a toda mi familia cuando tenía doce años, nunca he sabido lo que es tener una familia. Tuve que mantener mi casa tejiendo y cosiendo prendas y siempre he vivido allí abajo. Pero desde que vinisteis a vivir vosotros aquí, mi vida está llena de alegría y os quiero como si fuerais mis hijos de verdad.
Anda muchacho, bájate una temporada a mi casa y ya pensaremos en algo.

Alberto obedeció y se fue a vivir con doña Eugenia. Estuvo una gran temporada con ella, recuperó su trabajo y las ganas de vivir y salía con sus amigos y llegó a querer a doña Eugenia como si fuera su madre.

Doña Eugenia le pagó un colegio para que pudiera estudiar Alberto, por lo menos hasta los dieciséis años, ya que con ella no tenía que trabajar porque tenían los suficientes recursos para poder vivir.

Un día, Alberto se quedó dormido y tuvo un sueño muy extraño: le pareció escuchar la voz de su madre que le decía que Alicia y Rubén estaban muy bien y que con el tiempo seguro que podría recuperar a uno de ellos, que siguiera adelante y que siempre estaría orgullosa de él.

- Alberto, anda, baja a comprar a Tarazona. Es que tengo que ir a ayudar a la farmacéutica por que se le esta cayendo el agua del piso de arriba –le dijo doña Eugenia a Alberto.

- ¡De nuestra casa!-le dijo Alberto a doña Eugenia.

Por un momento, Alberto se volvió a acordar de todo su pasado y se puso a llorar.

- Por eso es mejor que suba yo y ayude a la farmacéutica.
- No, iré yo a ayudarla. Quiero volver a ver a mi casa. Ya hace mucho tiempo que no subo ahí arriba.

Alberto no le hizo caso a doña Eugenia y subió a su casa.
Fue a ver las habitaciones: la cocina, el baño, todos los recuerdos, los juguetes de sus hermanos.

-¿Qué es esto?- dijo Alberto a la nada.

Era una carta de Estados Unidos.

‘Querido Alberto:

Te escribo desde Estados Unidos para decirte que siento mucho el haberme llevado a tu hermana Alicia. Nunca fue mi intención el haberte hecho tanto daño con este acontecimiento. Doña Eugenia se puso en contacto conmigo y me dijo que estabas muy derrumbado, pues también te quitaron a Rubén hace ya algún tiempo. Lo he estado pensando y creo que lo mejor será que vayamos unas semanas y puedas ver a tu hermana. Ya me pondré en contacto contigo y te diré cuando vamos.

Un cordial saludo.

r.m

Alberto se alegró mucho, pero se cabreó mucho con doña Eugenia, por que nunca le dijo nada.

-Muchacho ¡pero que haces! ¿no ves que huyendo no arreglas nada? – le dijo doña Eugenia a Alberto.

- Yo no huyo. Me voy a mi casa. No sé cómo he podido estar tanto tiempo contigo. Me has mentido. Nunca me dijiste nada, sabías lo que estaba sufriendo y no me dijiste que sabías de mi hermana. Eres lo peor. No quiero volverte a ver en toda mi vida.

- Si no te dije nada era por que quería que te llevaras la sorpresa cuando vinieran, por que me costó mucho el convencerlo.

Pasaron los días y el padre de Alicia se puso en contacto con Alberto para decirle cuando venían, pero sólo estuvieron una semana y luego se fueron. El padre de Alicia le prometió a Alberto que le escribiría y que volverían, pero nunca cumplió sus promesas y Alberto no volvió a saber nada más de Alicia.

Alberto siguió mosqueado mucho tiempo con doña Eugenia, hasta que un día ésta subió a casa de Alberto para hablar con él y éste le dijo que se fuera, que para él era como si estuviera muerta. Doña Eugenia se fué pero del disgusto le dió un infarto y se murió.

- ¡Doña Eugenia! –gritó Alberto- lo siento doña Eugenia. Perdóname, al fin y al cabo, sólo querías ayudarme.

...

- Abuelo, ¿por qué lloras?- le dijo Ana a su abuelo.

- Nada cariño, es que esta historia siempre me hace llorar –le contestó el abuelo a Ana.

- Abuelo, si te pones triste, da igual, no me la cuentes, no pasa nada.

- No, que las cosas que se empiezan, se acaban.

...

Pasó el tiempo y Alberto cumplió veinticinco años, se casó y tuvo una hija llamada Eva. Se casó con la hija de la farmacéutica del pueblo. Alberto encontró a uno de sus hermanos. Después de que Alberto se casara y mejorara su situación económica le devolvieron a Rubén. Después de tantos años, la vida de Alberto cambió a mejor y, a pesar de todo, siempre se acordaría de su amargo pasado. Pero ya era feliz y tenía una familia. Siempre se arrepentiría de haber tratado tan mal a doña Eugenia, pero él ya no podía hacer nada. Tampoco volvió a saber nada de su hermana Alicia, pues el viaje a Estados Unidos valía mucho, y, por mucho que ahorrara, nunca podría permitirse el ir a buscarla.

...

- Abuelo, es una historia preciosa, pero sigue siendo muy triste. Doña Eugenia se muere y nunca vuelve a ver a Alicia –le dijo Ana a su abuelo.

- Ya lo sé cariño, pero también lo que es alegre pensar es que seguramente a Alicia, en Estados Unidos, nunca le faltó de nada y, sin embargo, si se hubiera quedado con Alberto en Grisel, lo hubiera pasado muy mal.

- Abuelo, pero, ¿por qué has estado tan emocionado en esta historia? casi siempre me cuentas alguna y nunca te había visto así.

- Porque ésta es una de las historias mas tristes que yo conozco, y ya sabes que yo me emociono enseguida.

- Pero, abuelo, esta historia ¿es verdad?

- Si, cariño, si.

- Y ¿cómo lo sabes?

- Porque el protagonista de la historia soy yo, yo soy Alberto, cariño.

- Ahora lo entiendo todo. Por eso se te veía tan triste en la historia, porque tú eras Alberto. ¿Y tu has tenido que pasar todo eso?

- Si

- Lo siento abuelo.

- No te preocupes. Si luego mi vida ha estado llena de alegría y he sido muy, muy feliz... ya te seguiré contando mañana.

Ahora... a dormir.

- La verdad es que nunca entenderé por qué me ha tocado una vida tan dura. Lo que sí sé, es que con el tiempo se acaban comprendiendo muchas cosas. Ahora yo sé que es a mí al que ya me queda muy poco tiempo de vida. Tuve una infancia difícil, pero también la vida me ha sabido compensar con mi familia: tengo una mujer estupenda, unos hijos maravillosos y unos nietos extraordinarios. Todos ellos han llenado mi vida, y tal vez ya no los podré ver crecer, ni estaré en los cumpleaños, las navidades o tal vez semana santa, pero yo siempre estaré con ellos. Ninguno lo sabe, excepto mi mujer, pero sé

que tú sabrás cuidarlos y que nunca me traicionaras, por que tu eres mi hermano – le dijo Alberto a Rubén.

- No te preocupes, pues aún no está del todo confirmado y además vas a vivir muchísimos años más, y tu mismo los cuidarás a todos –le dijo Rubén a Alberto.

- No lo sé hermano, no lo sé, el tiempo lo dirá.

FIN
FIN